

—Te pongo uno, notable: la necesidad de que mi país ahonde el proceso de modernización. Pero no hay modernización sin democracia y, en México, la gran promesa incumplida de ese proceso, que se inicia con la independencia, se continúa con Benito Juárez y se prolonga en la revolución, ha sido justamente la democracia. Ese es, todavía, nuestro desafío. Y, si no logramos dominarlo, no habrá identidad cultural fuerte, no prosperarán las reformas económicas y tampoco se alejarán —para volver a nuestro punto de partida— los peligros del nacionalismo emocional y *à outrance*.

—¿No te parece que nuestras historias nacionales, al nacer al otro día de la independencia y al identificar historia y nación, pecan de nacionalistas? Ante eso, sólo algunos escritores han reaccionado.

—Se trata, en cierta medida, de una defensa y, en otra, de un lastre. Es, en todo caso, algo que debemos superar a través de la identificación plena de nuestros países. Tenemos, como lazo de unión decisivo, una cultura que nos es común y que si bien unifica fronteras adentro a una nación, hace otro tanto con una comunidad supranacional que, no lo olvidemos, llega al Atlántico, a Iberia, al Mediterráneo. Repito: el nacionalismo, en su sentido negativo, es algo que podemos superar. La pregunta que tenemos que formularnos, a esta altura, es cuál va a ser el destino de esa enorme potencia que tenemos encima y cuál el futuro de nuestras relaciones con ella.

—Eres mexicano y es México el que, junto con Estados Unidos y Canadá, elabora el Tratado de Libre Comercio. Tienes la palabra.

—Te digo esto: llego al cono sur y advierto que hay una ilusión con respecto al papel rector de los Estados Unidos que me alarma. Que haya desaparecido la Unión Soviética no implica, sin más, que quede esa sola gran potencia. Desde el punto de vista de su poderío militar, los Estados Unidos se parecen a la España de Felipe III: un imperio enorme que pide limosna para pagar sus guerras —como ocurrió en la del golfo Pérsico, financiada con dinero japonés y alemán por el que, además, ni siquiera se dieron las gracias—. Y, dentro de esos Estados Unidos, a nadie se le oculta que viven en una situación económica y social de deterioro creciente y unos problemas internos que en su momento no fueron atendidos en función

de la enajenación y el combate contra el enemigo comunista. Por eso se han multiplicado la violencia urbana, el crimen, la droga y los desamparados y por eso también decayeron la educación y la investigación científica. Son conflictos que configuran un desafío gigantesco para la sociedad y el Estado norteamericanos, que ya están presentando con apremio a una y a otro sus cuentas y que van a introducir un cambio fundamental en las políticas del país. Esto no quiere decir, es claro, que dejen de desempeñar el importante papel internacional a que están llamados, pero deberán hacerlo dentro de unas normas que, en gran medida, hemos creado los latinoamericanos (los tratados de Bogotá, de Río) y que constituyen jurisprudencia en la materia.

—Hablas de un mayor respeto, supongo...

—De un mayor respeto y una mutua comprensión. Por lo demás, y en otro sentido, quizá debamos compartir, de aquí en más, cosas buenas y malas. Me refiero, por ejemplo, al peligro de que se instaure una especie de zona de pauperización entre los Estados Unidos y nosotros. En el *Ariel* de tu compatriota Rodó, la intuición más brillante es la que imagina una similitud de desafíos de la vida urbana en América del Norte y del Sur: la ruptura de la homogeneidad de las viejas ciudades de la Nueva Inglaterra o de las plantaciones sureñas al ser invadidas por el elemento heterogéneo de la inmigración latinoamericana y, a la vez, la de nuestras ciudades criollas y coloniales al serlo por la clase media creciente, por los inmigrantes del campo y del extranjero y por los mestizos. Se trata de una intuición genial de Rodó porque eso es lo que vamos a ver en el siglo XXI. Habrá un deterioro generalizado de la vida urbana y una identificación de los Estados Unidos y de América Latina a través de esa crisis. Que los Estados Unidos se paupericen mediante la no solución de sus problemas económicos y sociales puede crear allí una masa cada vez mayor de pobres (lo que llevará a reconocer que en el primer mundo también hay un tercer mundo) y eso, sumado a la propia pauperización latinoamericana exportada allí, desembocará en conflictos que ni siquiera sospechamos. Piensa en lo que se ha convertido Los Ángeles, la segunda ciudad del mundo de habla hispana, o lo que es la Florida con sus cubanos...

—Pienso y me acuerdo de *Cristóbal nonato*, donde el Distrito Federal se vuelve algo así como la capital del subdesarrollo. Pero ese infierno se lo trasladas, ahora, a Los Ángeles y a Miami...

—Los escritores no debemos ser profetas sino exorcistas. Pero en esa novela, publicada en 1985, está descrita la desintegración de la Unión Soviética y, poco después y en el curso de la misma narración, los Estados Unidos comienzan a desmembrarse en una serie de repúblicas del cinturón del sur... Profecías aparte, es indudable que estamos en el nacimiento de un mundo nuevo: se acabó ése, ideológico y helado, con teorías y frío en los huesos, en que nos debatimos a lo largo de cuarenta años. ¿Cómo será ese mundo nuevo? La crisis —toda crisis— requiere imaginación. Y somos los escritores los que tenemos que ponerla, ¿no te parece?

### III

Sin tropezar con las trampas simplistas de la literatura militante, Fuentes tampoco se satisface con una concepción estrechamente formalista de lo literario. En todo caso, sus obras encuentran sus propias normas no en la servidumbre a la especie a que pertenecen (novela, teatro, cuento, ensayo) sino en la inspiración de estirpe barroca de la que emergen y que las convierte en una de esas muñecas rusas que guardan, en su interior, otras y otras muñecas. ¿Profeta? ¿Exorcista? Hay, en él, y en pareja convivencia, rescoldos de las artes de Casandras y reverberaciones de los sortilegios del encantamiento que, de una manera u otra, querrían conjurar y quizá legislar lo que el escritor ha llamado la «edad del tiempo» para ordenar y dar cuenta de la totalidad de su trayectoria creadora. «Así es, lo admito. ¿Te acuerdas de aquella famosa declaración de uno de nuestros mayores que reza “y la jungla los devoró...”? Es para no ser devorado por esa jungla que he intentado, siempre, oponer al universo novelístico latinoamericano de la extensión espacial (la jungla, los ríos, las montañas) una “novela del tiempo”. A mi entender, la verdadera modernidad de la novela latinoamericana proviene de una reflexión sobre el tiempo y de una idea original acerca de él. Así, cuando comencé a escribir, en los cincuenta, quise prolongar esa tradición. Me propuse luchar con el demonio

del espacio conquistándolo con la instantaneidad del tiempo. Y, dado que la historia no ha terminado, en eso —todavía— estoy. La novela, como lo deseaba ayer Hermann Broch y como lo reclama hoy Milan Kundera, tiene que decir aquello que no puede ser dicho más que a través de ella».

## Danubio Torres Fierro

*Carta de Nueva York*

# La mala poesía de un buen narrador: Felipe Alfau

**F**elipe Alfau es un escritor español de noventa años que reside en Nueva York desde 1916. Alfau es conocido en los Estados Unidos por su obra narrativa en inglés, *Locos* (1936) y *Chromos* (1948); ahora se publica una co-

lección de sus poemas, estos escritos en castellano, *La poesía cursi* (Dalkey Archives Press, EE.UU., 1992), en edición bilingüe, traducidos por Ilan Stavans y con una introducción del mismo traductor.

Los poemas de Alfau fueron escritos entre 1923 y 1987 y son, como bien dice su título, cursis. Se trata de poemas malos de un narrador excelente que se sabe mal poeta. Según Stavans «la voz poética de Alfau es muy suya: una voz sarcástica, barroca y teatral». Esto, con ser verdad, no legitima un libro de poemas. En realidad, el escritor lo que hace es parodiar el romanticismo cursi y el modernismo hispánico, por lo tanto, se podría decir que lo que caracteriza su voz poética es «su conciencia de que no es suya», sino que se apropia de la poesía ajena para quizás enmascarar problemas que le son propios.

El único poema con cierto interés es posiblemente «Evo-cación afro-ideal» (1966), el cual trata de la situación del negro americano. En este texto se puede leer algo tan ingenuo como explosivo; le dice el afroamericano: «Vuelve a tus tierras, negro, quítate los guantes/ y blandiendo el bastón como una maza,/ triunfa en la reconquista de tu raza». Con sólo recordar el poema de Federico García Lorca, «El rey de Harlem», se podrá ver que este texto es un hermano menor, un tanto debilitado, de aquel gran poema del granadino.

Stavans escribe en su prólogo que el mundo literario de Alfau ha permanecido intacto porque no ha tenido ningún contacto con la literatura española de su época. Esto, sin duda, tiene su mérito, pero a la vez es una trampa ya que, como en el caso del poema antes mencionado, se puede caer en una duplicación ingenua y sin valor literario.

Más peligroso aún cuando el aislamiento de un escritor se traduce en opiniones políticas; tales como las que sostuvo Alfau hace un año cuando declaró a *Diario 16* que Franco le había dado a España su mejor período en el siglo XX. Si esta opinión de Alfau es una broma neosurrealista tiene su gracia, si es una opinión sincera revela una ignorancia de la realidad histórica española bastante deplorable. Quizá sea precisamente ahí donde resida el fracaso central de la poesía y del pensamiento de Alfau (no de su narrativa): el que al desligarse de la historia literaria y política de su lengua, de su país, el producto de su pensamiento poético y político no son

sino banalidades legitimadas por la brillantez de su capacidad narrativa, pero banalidades al fin.

Cuando se compara este libro de Alfau con el de José María Fonollosa, otro raro de nuestra literatura, que también permaneció al margen del mundo literario, pero cuyos conocimientos de la poesía son obvios, me refiero al excelente libro *Ciudad del hombre: New York* (1990), es fácil entender que si bien el distanciamiento de un escritor respecto a la literatura de su tiempo puede dar brío y originalidad a su obra, de igual modo, puede suceder todo lo contrario; este es el caso de Alfau.

## «Al mirar los senderos de los años...»: Eugenio Florit

El poeta español-cubano Eugenio Florit acaba de enviarme su penúltimo libro, *Hasta luego* (1990-1992) (Miami de la Florida, 1992); digo penúltimo porque en los bares irlandeses me enseñaron que nunca se debe decir «vamos a tomar la última copa, sino la penúltima». Florit es un caso singular de un escritor «desterritorializado»: aunque nacido en Madrid en 1903, vivió en Cuba entre 1918 y 1940, donde publicó sus primeros libros, y luego se trasladó a Nueva York, ciudad en la que residió hasta hace muy poco. Es sorprendente que en España, donde se recupera tanta poesía, a veces mediocre e innecesaria, no se haya hecho ningún esfuerzo por rescatar a este excelente poeta, tan necesario para entender la poesía hispánica en general.

Florit publicó en España varias de sus entregas poéticas: *Hábito de esperanza* (Insula, Madrid, 1956), *Antología penúltima* (Plenitud, Madrid, 1970) y *De tiempo y agonía* (Revista de Occidente, Madrid, 1974). No obstante, este poeta les «suenan» a pocos lectores, porque los lectores (por lo menos los españoles) son cada vez menos curiosos y si a alguien «no le suenan» ya no les interesa. El caso es que Florit vive, como poeta, en el limbo de la historia de la poesía hispánica.

Sin embargo, para los escritores que residimos en Nueva York, Eugenio Florit es una figura paternal imprescindible; como lo fueran José Martí o el Lorca de *Poeta en Nueva York*. Su obra escrita en esta ciudad introdujo en nuestra poesía un coloquialismo urbano cuya impor-

tancia no creo que se haya sabido valorar aún totalmente; a pesar de los esfuerzos de José Olivio Jiménez, el cual es uno de los pocos críticos que ha tratado de darle el lugar que se merece dentro de nuestra poesía.

El problema de la obra de Florit es que su cotidianidad trascendente y cristiana no ha podido nunca «estar de moda»; otra estupidez de parte de nuestros lectores, la de leer a un autor porque «está de moda». Por otro lado, la crítica está buscando siempre a los poetas «rupturistas», o a los «continuistas» y, en el caso de Florit, su mundo parte de una cierta tradición esencialista (Juan Ramón Jiménez en particular), pero la vinculación con la cotidianidad rompe el esquema de un acercamiento excesivamente intelectual a su poesía.

La obra de Florit hay que tomarla tal como es: un mundo de soledad existencial y de solidaridad cristiana, un mundo cuyo lenguaje se quiere voluntariamente referencial (en su etapa norteamericana). En *Hasta luego* nos encontramos con el Florit de siempre, pero también con el poeta que desde la serenidad que le han dado los años reflexiona sobre la vida y acaricia la muerte sin patetismo, sino con un estoicismo cristiano clásico.

*Hasta luego* es una afirmación ejemplar de la vida; especialmente para los que no esperamos ni creemos en nada, para los que vivimos en el desasosiego de la duda posmoderna. La canción popular que se cita al inicio del libro es bastante elocuente: «Qué bien que se baila/ al salir el día;/ Qué bien que se baila/ en la noche fría./ Qué bien que se baila ¡eh!». Se trata, pues, en este libro, de la danza de la vida, no de la tradicional danza de la muerte, como se podría esperar de un poeta de casi noventa años.

Sin duda, se siente al leer este libro un aire de despedida, especialmente a través de un personaje central que parece «mirar el mundo» por última vez: «Con la mirada perdida/ en el fondo del paisaje...» (escribe Florit en uno de sus poemas). En efecto, en *Hasta luego* el lenguaje, la palabra, se hacen flor, vegetal, ave, y la mirada poética también se funde con la naturaleza. De alguna forma, en esta penúltima entrega, vuelve Florit, añadiendo toda su trayectoria poética, a sus primeros libros escritos en Cuba: *Trópico*, *Doble acento*. Pero «el solitario/ no se acostaba;/ siempre mirando/ por su ventana». He aquí el nervio esperanzador de su mirada poética, de incansable curiosidad por observar el mundo. Este «mi-

rón» de *Hasta luego* penetra en las cosas mismas, «Las cosas que miras/ están más cercanas», leemos en otro texto. Y hasta se nos presenta como un observador con capacidad de ver fluir el tiempo: «y puedes mirar/ las horas que pasan».

La segunda sección de *Hasta luego* lleva por título «A la poesía», y es para mí donde se encuentran las mejores piezas: en particular «Tierras», «Mar con orillas» y «Arriba, en la luz». Aquí el pensamiento elegíaco penetra con más fuerza, aunque nunca buscando la autocompasión del que se sabe en el final del camino de la vida. El poeta sitúa su futuridad en lo fantasmal, «cuando este hombre que te mira/ ya nada sea, ni una sombra», pero parte de un consolador pensamiento de que siempre quedarán «esas divinas cosas: las palabras».

Un aire de duda contamina estos versos del poeta cuya fe católica parecía que nunca iba a perder su voluntad de esperanza. Así, en el poema «El pensativo», escribe Florit: «Si con el verso cual coraza noble/ lograra estar seguro en mi indigencia,/ con el amor, vencida la esperanza». Mas quisiera citar para terminar esta nota sobre Eugenio Florit unos versos de su texto «A un poeta muerto»:

he aprendido a conocer la paz  
de estar conmigo mismo en las serenas noches  
de los años de hoy  
ya despojado de mi ardor primero;  
tranquilo ya de ser  
eso que tanto ansiaba:  
la luz que de lo alto  
me deja ya mirar lo verdadero,  
el único sabor seguro de la vida  
y este esperar los pasos de la muerte.

## Incidente en Manhattan: las dos Cubas y la homosexualidad

Los días 21 y 22 de mayo tuvo lugar en Nueva York un simposio sobre «Martí y Nueva York; la tradición hispánica en los Estados Unidos»; en él participaron especialistas en la obra del escritor cubano que venían de la isla y otros que residían en los EE.UU. (algunos, cubanos también). Al final de la primera jornada, un grupo de exiliados entró en el salón donde se daban las con-

ferencias y, cuando llegó el momento de discutir los últimos trabajos leídos, los exiliados irrumpieron con gritos *anticastristas* e insultaron a todos los participantes en el simposio; uno de los gritos era: «¡Maricones!».

Yo, que practico todas «las sexualidades», me sorprendí al oír este tipo de insultos, porque, como todo el mundo sabe, la persecución homosexual en Cuba fue durante mucho tiempo (en este momento parece que las cosas se han calmado un poco, o por lo menos eso me han dicho los cubanos de allí) una de las actividades más terribles y criticables del gobierno de Castro. ¿Cómo era posible —me preguntaba yo— que fueran los mismos exiliados los que usaban, aunque sólo fuera en la palabra, las mismas tácticas del poder dictatorial contra el que se estaban manifestando? Y me decía irónicamente: «Bueno, en algo están de acuerdo las dos Cubas: en su odio a los homosexuales».

Por otro lado, parece que estos exiliados que protestaban por la presencia de los cubanos de la isla en la ciudad de Nueva York (entre el público estaban Roberto Fernández Retamar y Miguel Barnet) se metieron conmigo, aunque yo ya me había ido del salón de actos unos minutos antes, porque la mañana del día siguiente iba a leer una conferencia sobre Martí, Lorca y un escritor puertorriqueño homosexual que murió de SIDA en 1990, Manuel Ramos Otero. Les parecía, a estos exiliados, que era una vergüenza que yo comparara a «dos maricones» con el apóstol cubano, José Martí.

Finalmente, y en secreto, las conferencias del viernes fueron trasladadas a un lugar del «Village» de Manhattan; un barrio donde residen un gran número de homosexuales neoyorquinos. Y, cuando los airados exiliados llegaron dispuestos, supongo que a insultarme, no sé si

con intenciones algo más violentas, por querer hablar del héroe cubano y de Lorca, se encontraron con que en el salón de la Universidad de la Ciudad de Nueva York, donde iba a tener lugar el acto, no había nadie.

Tuve así la oportunidad de leer mi trabajo a un grupo reducido de personas, entre las cuales estaban los cubanos que habían venido de la Habana y que también leyeron sus conferencias. Todo lo que yo oí allí, como el día anterior, eran trabajos de investigación histórica y literaria, en los cuales se notaba un deseo franco y amistoso de querer crear un diálogo entre las dos Cubas y los Estados Unidos. En verdad, la única conferencia de tono político fue la de un cubano exiliado; y ésta era francamente *anticastrista*. Y, en cuanto a mi trabajo, los cubanos de la isla lo acogieron con entusiasmo y creo que hasta con cariño; al final me pidieron que les regalara algunos libros del escritor puertorriqueño muerto de SIDA, cuya obra total es de una franca militancia homosexual.

No creo que para protestar contra la intolerancia en Cuba la respuesta sea también el ser intolerantes; y ésta era la actitud, la de la intolerancia, de los cubanos exiliados que se manifestaban. En todo caso, Martí fue siempre el apóstol de la tolerancia, escribió una hermosa crónica sobre Oscar Wilde y jamás promulgó la doctrina del odio.

Creo que el refrán español «El que se pica, ajos come» viene aquí muy bien; ¿no será esa la raíz del problema?: el de que los cubanos (de allí y de aquí) que usan el vocablo «maricón» para insultar a los demás, alguna vez, en algún lugar, ellos también «han comido ajos».

**Dionisio Cañas**

